



Gideon Rachman

Lo que Musk puede aprender de Jack Ma y Mijaíl Jodorkovski

En una lucha de poder entre un líder nacional y un multimillonario, el político siempre sale ganando.

Tom Wolfe acuñó el término “amos del universo” como descripción irónica de los operadores de Wall Street. Elon Musk se ha tomado la idea literalmente. Tiene la esperanza de colonizar Marte.

Pero Musk ha puesto los pies en la tierra, tras caer en un bache. Luego de su desavenencia con Donald Trump, el hombre más rico del mundo ha descubierto que ni siquiera es el amo de Washington. Y mucho menos del universo.

La caída de Musk forma parte de un patrón global. Décadas de globalización han creado oligarcas inmensamente ricos en todo el mundo. Sin embargo, cuando el poder del dinero y el poder político chocan, sólo hay una apuesta que hacer. El poder político siempre sale ganando. En países tan diferentes como Rusia, China, Arabia Saudita —y ahora EE.UU.—, a los oligarcas que han desarrollado ambiciones políticas independientes se les ha recordado a la fuerza dónde yace el poder real.

El triunfo de la política sobre el dinero puede sorprender tanto a los marxistas como a los capitalistas demasiado confiados, que creen que los políticos siempre seguirán el ritmo de los superricos. Pero, como observó Mao, el poder fluye del cañón del arma. En última instancia, el control que ejercen los órganos del Estado

—el ejército, la fiscalía, las autoridades fiscales— sigue contando más que los miles de millones en el banco.

Por supuesto, los políticos necesitan dinero; sobre todo, para ascender. Las elecciones son caras, al igual que la política clientelar de un Estado autoritario.

**¿Expropiación?
¿Exilio? Todo
suenas muy poco
estadounidense.
Pero este es el
EE.UU. de Trump.
Nunca digas
nunca.**

El respaldo financiero de Musk ayudó a Trump a ganar las elecciones presidenciales de 2024. El ascenso de Vladimir Putin a la cúspide del poder en Rusia fue facilitado por algunos de los hombres más ricos del país, que esperaban que fuera

el guardián de las enormes fortunas que habían amasado en la década de 1990. Pero, una vez instalado firmemente en el Kremlin, Putin les demostró a los oligarcas quién mandaba. Cuando Mijaíl Jodorkovski, entonces el hombre más rico de Rusia, empezó a convertirse en una fuerza política independiente, Putin lo mandó a arrestar. Jodorkovski cumplió 10 años de prisión. Borís Berezovski, que también había amasado una gran fortuna en los años de Yeltsin, se vio obligado a exiliarse y murió en circunstancias misteriosas.

Jack Ma, el entonces hombre más rico de China, salió comparativamente bien parado. Evidentemente, el presidente Xi Jinping consideró un desafío el alto perfil de Ma y sus opiniones, a veces francas. Después de que Ma pronunció un discurso en 2020 en el que criticó a los organismos reguladores financieros, se suspendió la oferta de acciones de su Ant Group y Ma prácticamente desapareció de la vista pública. El partido comunista chino había puesto en su sitio al capitalista más destacado del país.

Ma evitó la cárcel y ha empezado a hacer apariciones públicas de nuevo. Pero Jimmy Lai, magnate de los medios de comunicación de Hong Kong que apoyó el movimiento prodemocrático del te-

rritorio, cumple actualmente una larga condena de prisión.

En Arabia Saudita, el príncipe heredero Mohamed bin Salmán, un hombre muy admirado por Trump, también demostró que puede meter en cintura a los hombres más ricos de su reino. Encerró a decenas de ricos empresarios en el Ritz-Carlton de Riad en 2017, aparentemente en una purga anticorrupción. Entre ellos se encontraba el príncipe Waleed bin Talal, el inversionista más famoso del reino. El episodio envió un mensaje de poder despiadado que nunca se ha olvidado.

La mejor manera de que un multimillonario se aísle de los caprichos del líder de un país es convertirse en el líder. Ese fue el camino que siguió el difunto Silvio Berlusconi, un polémico magnate que fundó su propio partido político y fue primer ministro de Italia durante tres mandatos. Bidzina Ivanishvili, multimillonario que llegó a primer ministro de Georgia, siguió un camino similar. El propio Trump utilizó su riqueza para financiar su entrada en política.

Sin embargo, pocos oligarcas hacen la transición. Y los que operan al margen deben andar con cuidado. Para conservar su riqueza y su libertad, deben comprender los límites. En India, la fabulosamente rica familia Ambani mantiene



estrechos vínculos con Narendra Modi, primer ministro del país. Pero nunca han intentado desafiar su liderazgo.

Carlos Slim, el hombre más rico de México, se ha mantenido cercano a una serie de presidentes mexicanos, aunque rara vez ha expresado opiniones políticas. La estudiada neutralidad de Slim le ha permitido mantener su influencia independientemente de la administración en el poder. Incluso trabajó con el presidente izquierdista Andrés Manuel López Obrador, colaborando en importantes proyectos de infraestructuras.

Muchos estadounidenses rechazarían la idea de que la relación entre dinero y poder en su país pueda compararse con cómo se hacen las cosas en China, Rusia, Arabia Saudita o México. Al fin y al cabo, EE.UU. es una veterana democracia arraigada con derechos de propiedad bien

establecidos. La idea de que el presidente pueda utilizar la ley para ejercer una venganza contra el hombre más rico del país sigue sonando un poco chocante. Pero el presidente ya ha dicho que Musk podría perder contratos federales y le ha advertido de “consecuencias muy graves” si apoya a los demócratas.

Algunos de los seguidores más fervientes de Trump quieren ir mucho más lejos. Steve Bannon ha sugerido nacionalizar la compañía SpaceX de Musk, que desempeña un papel crucial en los programas espaciales federales. También ha instado a Trump a investigar la situación migratoria de Musk con vistas a deportarlo.

¿Expropiación? ¿Exilio? Todo suena muy poco estadounidense. Pero este es el EE.UU. de Trump. Nunca digas nunca. **FT**